

AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA, GIOVANNI BATTISTA DE ROSSI Y LA ARQUEOLOGÍA PALEOCRISTIANA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

JORGE MAIER ALLENDE

La Arqueología Paleocristiana se consolida como disciplina arqueológica autónoma en la primera mitad del siglo XIX, aunque su origen se remonta al siglo XVI¹. El redescubrimiento y revalorización del arte cristiano primitivo se debe fundamentalmente a la teoría general del Arte que postulaba el Romanticismo que supuso una profunda transformación en el estudio de las Antigüedades. Por una parte, por la nueva concepción y valoración del objeto artístico al entender que la obra de arte es una forma singular, irrepetible y fijada a las condiciones históricas y geográficas en que nace y, por otra, por las conexiones que este movimiento tuvo con el cristianismo. Además, hay que tener en cuenta el lógico interés de la Iglesia por apoyar y estimular el desarrollo de la investigación arqueológica sobre los primeros siglos de su existencia como defensa ante el acoso generalizado que sufrió a partir de la Revolución francesa. En efecto, la arqueología romántica y positivista estableció y explicó el origen del hombre, el desarrollo cultural progresivo e introdujo una nueva visión del origen y evolución de la Humanidad, y fueron estos argumentos en los se fundamentaron los partidos de tendencias progresistas en sus ataques a la Iglesia en muchos casos. La Iglesia utilizó también la Arqueología, una ciencia renovada y moderna, para reafirmar su antigüedad y su legitimidad que aquellos querían socavar. Tanto Gregorio XVI como Pío IX y León XIII prestaron todo su apoyo al desarrollo de la arqueología cristiana. Dado los difíciles y dramáticos tiempos que vivió la Iglesia a lo largo de todo el siglo XIX la arqueología cristiana —expresión utilizada en aquellos tiempos— tuvo una clara dimensión política como también la tuvo la Prehistoria.

De este modo se conformó la disciplina Arqueología cristiana o paleocristiana, también denominada ocasionalmente arqueología sacra o sagrada. En esta disciplina arqueológica debemos también englobar la que se ha denominado Arqueología bíblica o de los lugares bíblicos, que inicia también su desarrollo a partir de la segunda mitad del siglo XIX en la que se llevaron a cabo importantes excavaciones europeas en el Próximo Oriente Asiático.

Lógicamente el foco principal estuvo en Roma, centro primordial de la cristianidad, donde se produjeron los primeros descubrimientos importantes, especialmente

¹ Quiero expresar en primer lugar mi más profundo agradecimiento a Don Emilio y Don Javier Miranda Valdés por habernos facilitado la consulta y permitido la publicación de muchos documentos, especialmente los epistolares, del *Archivo familiar Fernández-Guerra* sin los que este trabajo no podría haber sido realizado.

las catacumbas, a finales del siglo XVI y del XVII, en los que tuvo una intervención destacada el dominico español Alonso Chacón, y fueron publicados por Antonio Bosio y Paolo Aringhi en célebre obra. Después, ya en el siglo XIX, el interés por los restos arqueológicos de los primeros cristianos se extendió por todos los países europeos. El neoclasicismo no valoró el arte cristiano-romano al considerarlo desde la óptica Winckelmanniana un episodio decadente del arte clásico. Durante más de un siglo la arqueología paleocristiana se mantuvo relegada a un segundo plano. No obstante, a finales del siglo XVIII con el cambio de mentalidad, la decadencia del neoclasicismo y la cada vez más fortalecida teoría romántica del arte, como hemos señalado, los monumentos de los antiguos cristianos comenzaron a despertar de nuevo el interés de los anticuarios y de la Iglesia.

VALORACIÓN DE LAS ANTIGÜEDADES CRISTIANAS EN EL TRANSCURSO DEL SIGLO XVIII AL XIX EN ESPAÑA

En España contamos con varios ejemplos. En las últimas décadas del siglo XVIII el prior del Convento de Santiago de Uclés, Antonio de Tavira y Almazán promovió la excavación de la basílica de Segóbriga (aún no identificada como tal) en la que se descubrieron las tumbas de los obispos Sefronio y Nigrino. Ante la importancia del hallazgo, era la primera basílica excavada en España, se solicitó informe a la Real Academia de la Historia. Tras una valoración preliminar, ésta envió en 1793 a José Cornide para que examinara las excavaciones y otros restos de la antigua ciudad. Finalmente, el anticuario gallego publicó sus observaciones en 1799 a las que adjuntó el único dibujo de la planta que existe de esta basílica, que se debe a la mano de Melchor de Prado Mariño, además de las inscripciones sepulcrales de los obispos y otros elementos hallados en aquel templo visigodo (Cornide, 1799).

Quiso la providencia que en el curso de la última década del siglo XVIII y el alborar del XIX se hallaran dos inscripciones sumamente importantes de la consagración de sendas basílicas hasta ese momento desconocidas y consagradas por el mismo obispo, el célebre Pimenio, del que ya se conocían otras dos procedentes de Medina Sidonia y Vejer². En efecto, el 10 de marzo de 1790, se halló la primera de ellas en el cortijo de la Higuera en Utrera. Francisco de Bruna informó sobre ella a la Real Academia de la Historia³. Según se observa en el dibujo que remitió

² Hübner, *IHC*, n.º 85 y 111, del 16 de diciembre del 630 y 644 respectivamente.

³ Real Academia de la Historia, CAISE/9/3940/8(1-13). Por otra parte Joaquín Cid del Carrascal y Antonio Santaella, académicos de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, enviaron una copia de dicha inscripción a Juan Francisco Masdeu, quien la publicó en el tomo IX de su *Historia crítica de España y de la cultura española*, 1791, pp. 152-153. Hübner la publicó duplicada, véase *IHC*, n.º 80 y n.º 85, localizando ésta última cerca de Alcalá de los Gazules lo que resulta un error evidente, como ya advirtió hace años José Vives (1942: 4, nota 3; n.º 306, 102), al seguir a H. Diehl: *CILA Sevilla*, n.º 959. No obstante Vives incurre a su vez en el error de atribuirle a Salpensa. La mesa del altar, hoy en paradero desconocido, fue hallada en el cortijo de la Higuera, cerca de Utrera y allí Pimenio consagró una basílica, extremo que resulta chocante pues era obispo de otra diócesis.

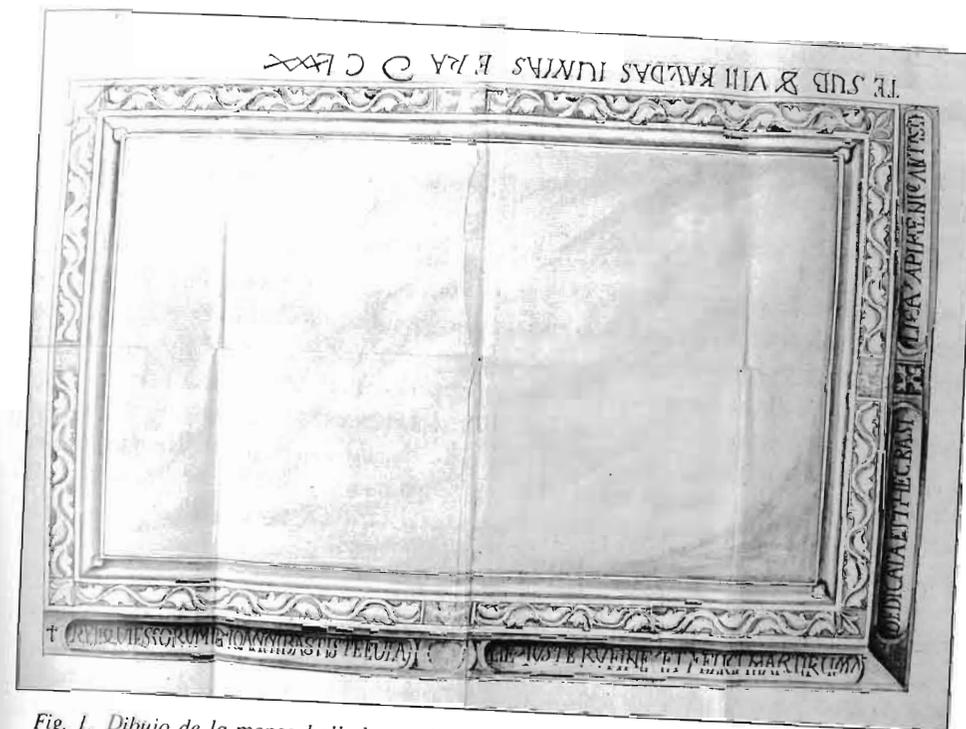


Fig. 1. Dibujo de la mensa hallada en el cortijo de la Higuera (Utrera, Sevilla), Anónimo, 1790. Real Academia de la Historia.

Bruna, la inscripción se abrió alrededor de la mensa del altar (Fig. 1), y está decorada con una cenefa de motivos vegetales (Braunn, 1924; Schlunk y Hauschild, 1978). Aunque el texto está incompleto, el día de la consagración, que hubo de ser en domingo, se depositaron las reliquias de Juan Bautista y de los mártires Eulalia, Justa, Rufina y Félix, el 25 de mayo del año 648⁴.

En el año de 1800 el arquitecto mayor de Cádiz, el guipuzcoano Pedro Ángel de Albisu, excavó la basílica de Alcalá de los Gazules, situada en el Cerro del Caracol o Las Correderas, en la que además de documentar la planta del edificio halló varias sepulturas y, lo que es más importante, una inscripción (*IHC*, n.º 88) del año 662 de la consagración y depósito de las reliquias de los santos Servando, Germano, Saturnino, Justa, Rufina y Juan Bautista por el mismo obispo asidonense Pimenio. Albisu remitió un informe y un plano al gobierno que son bien conocidos (Romero de Torres, 1908; Schlunk, 1945 y Corzo, 1981 y 1984)⁵. También remitió un plano a la Real Academia de la Historia, donde además se conservan otros documentos, entre ellos una copia de la inscripción y el informe del académico anticuario Joaquín Traggia, en el que dicho sea de paso duda de

⁴ Fecha propuesta por Vives (*ICERV*, 1942, n.º 306), Hübner (*IHC*, n.º 80) la fechó en el 642.

⁵ Informe y plano que se conservan en el Archivo Histórico Nacional.

la legitimidad de la inscripción y de que los restos óseos correspondieran a los mártires⁶.

En estos primeros compases de la investigación hay que destacar también la iniciativa de Juan Francisco Masdeu por reunir y ordenar las inscripciones cristianas hasta el siglo XIII que hasta entonces se conocían, ya que es sin duda la primera recopilación que se lleva a cabo en España (Masdeu, 1791).

Pero a pesar de estos significativos descubrimientos y recopilaciones epigráficas, que marcan sin duda el comienzo de la investigación científica de este campo, el peso del clasicismo era aun importante. Para hacernos una idea del estado de los conocimientos en España, que creo puede ser traspolable a otros países europeos, sobre la opinión que merecían estos restos arqueológicos a los anticuarios neoclásicos, es muy elocuente el informe que la Real Academia de la Historia le encargó a José Ortiz y Sanz en 1803-1804 acerca del dibujo de uno de los sarcófagos paleocristianos procedentes de Layos. Dice lo siguiente:

El trabajo material o la execucion artistica de las figuras y grupos es de poco merito, en caso de que el original no fuere mejor q(ue) la copia. Aun quando lo fuere, siempre quedará en un merito menor q(ue) mediano. Pobreza en los grupos, pobreza en el desnudo, pobreza en los paños, miseria en la expresion, miseria en la composición, miseria en el dibuxo, y todo miseria. Su construccion puede atribuirse a los siglos 5, 6 y 7 en q(ue) las nobles artes iban dando los últimos parasismos caminando rapidamente al sepulcro; o bien al 13 en q(ue) comenzaban a salir de él. Es verdad q(ue) aun en tiempos mejores q(ue) estos se pudo haber encargado la obra a un escultor chapucero, de q(ue) todos los siglos abundan, y por una fatalidad hereditaria, logran con sus intrigas executar las obras más importantes⁷.

En la misma línea se manifestó José Antonio Conde en una brevísima nota que se conserva en las Actas de la Comisión de Antigüedades de la Academia: *Asímismo se examinó un dibujo de un bajo relieve que existe en una arca de piedra unicasamente por q(ue) manifiesta el gusto y estado de las artes en el siglo 12, a cuyo t(ie)m(ie)mpo puede atribuirse⁸.*

En un tono semejante se había pronunciado años antes Isidoro Bosarte en su obra *Disertación sobre los monumentos antiguos pertenecientes a las nobles artes de la pintura, escultura, y arquitectura que se hallan en la ciudad de Barcelona* (1786: 59-60), en la que describe un sarcófago estrigilado y figurado de dicha ciudad: *El trabajo de esta obra es infeliz, u del tiempo de la decadencia de las Artes en el Imperio Romano. Parece que se puede colocar en el Siglo IV, Christiano, o en el V. Ella no es de mano de Godos, pues descende de la doctrina Romana, de*

⁶ Real Academia de la Historia, CAICA/9/3940/5(1-8), entre los cuales se encuentra un plano de la planta de la basílica levantado por Albisu, además de otros dos de Lorenzo Villanueva y G. Vázquez y Espina de menor calidad.

⁷ Real Academia de la Historia, 9/4128-53(3).

⁸ Real Academia de la Historia, CAAC/1803/09/28.

que huyeron los Godos, y se apartaron enteramente. Las Estrias son mejores que las Figuras. Y esta idea de labor estriada debió de durar hasta poder ver las caras de los Godos mismos. Tales ideas que eran corrientes en las primeras décadas del siglo XIX tocaban a su fin.

Tras la ruptura que supuso la francesada, que truncó drásticamente la evolución de la investigación, la valoración sobre el arte paleocristiano no varió en demasía, aunque ya se aprecia una actitud distinta ante estas antigüedades. Aun en 1832 el padre José de la Canal consideraba del siglo XIII avanzado *por las figuras y relieves de éste* un sarcófago paleocristiano que se conservaba en la iglesia de San Félix (Canal, 1832: 70). Pocos años antes el P. la Canal había informado y valorado positivamente el importante descubrimiento de la inscripción de la consagración de la basílica de Acci, abierta a mediados del siglo VII en un pedestal de una estatua romana de Magna Urbica, hallada en 1827 por José Lucas y José Ventura Verzín⁹, y de la que se llegó a publicar una litografía de la misma en 1829, que fue presentada a la Academia por Juan Bautista Barthe¹⁰ y se publicó en las *Noticias de las Actas de la Real Academia de la Historia* (1832: 26-27). Los hallazgos se sucedieron. En enero de 1833 se halló en una viña, que pertenecía al convento de los agustinos en el término de Santa María del Cami, al N. E. de Palma de Mallorca, una basílica paleocristiana con restos de mosaicos figurados con escenas del antiguo testamento. Las excavaciones fueron costeadas por el prior de dicho convento junto con el Paborde Bartolomé Jaume. En ellas participaron también Alejandro Sureda y Juan Muntaner. El primero levantó un dibujo de la planta de la basílica en la que se refleja con mucho detalle (es un dibujo excelente para la época) la disposición de los restos del mosaico que cubría todo el área de la basílica, las bases de los pilares, el único capitel que se halló, de mármol decorado con hojas de parra y racimos de uvas, así como una serie de tumbas antropomorfas posteriores que rompieron el bello pavimento (Fig. 2). Juan Muntaner redactó un breve informe, que fue impreso en Palma de Mallorca en septiembre de 1833, en el que analiza correctamente los restos de la basílica de planta rectangular con tres naves y ábside rectangular que fechó en el siglo V¹¹. Fue la primera basílica de su género excavada en las Islas Baleares y la segunda en España.

Finalmente, hemos de recordar en este punto que en 1834 se produjo el descubrimiento, o más bien la recuperación, del sarcófago de Hellín ya que estaba siendo utilizado como pila de agua para el ganado. Su recuperación se debe a Isidro Benito

⁹ Real Academia de la Historia, CAIGR/9/3939/7(1-8); Hübner, *IHC*, n° 175, Vives, *ICERV*, 1942, n° 307 a y b y Pastor Muñoz, *CILA* Granada, 2002, n° 137.

¹⁰ Real Academia de la Historia, CAIGR/9/3939/8(1-3).

¹¹ Como académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y años más tarde Inspector de Antigüedades de las Baleares, remitió el grabado a la Real Academia de la Historia, CAIB/9/7945/39, así como el impreso 3/7277. El dibujo fue de nuevo publicado años más tarde por Manuel de Assas en el *Museo Español de Antigüedades* (1877), aunque sólo se interesa por el mosaico, no por la basílica. Recientemente la basílica ha sido revalorizada por P. Palol (1967: 8-10) advirtiendo en ella influencias de Siria del Norte vía el norte de África.

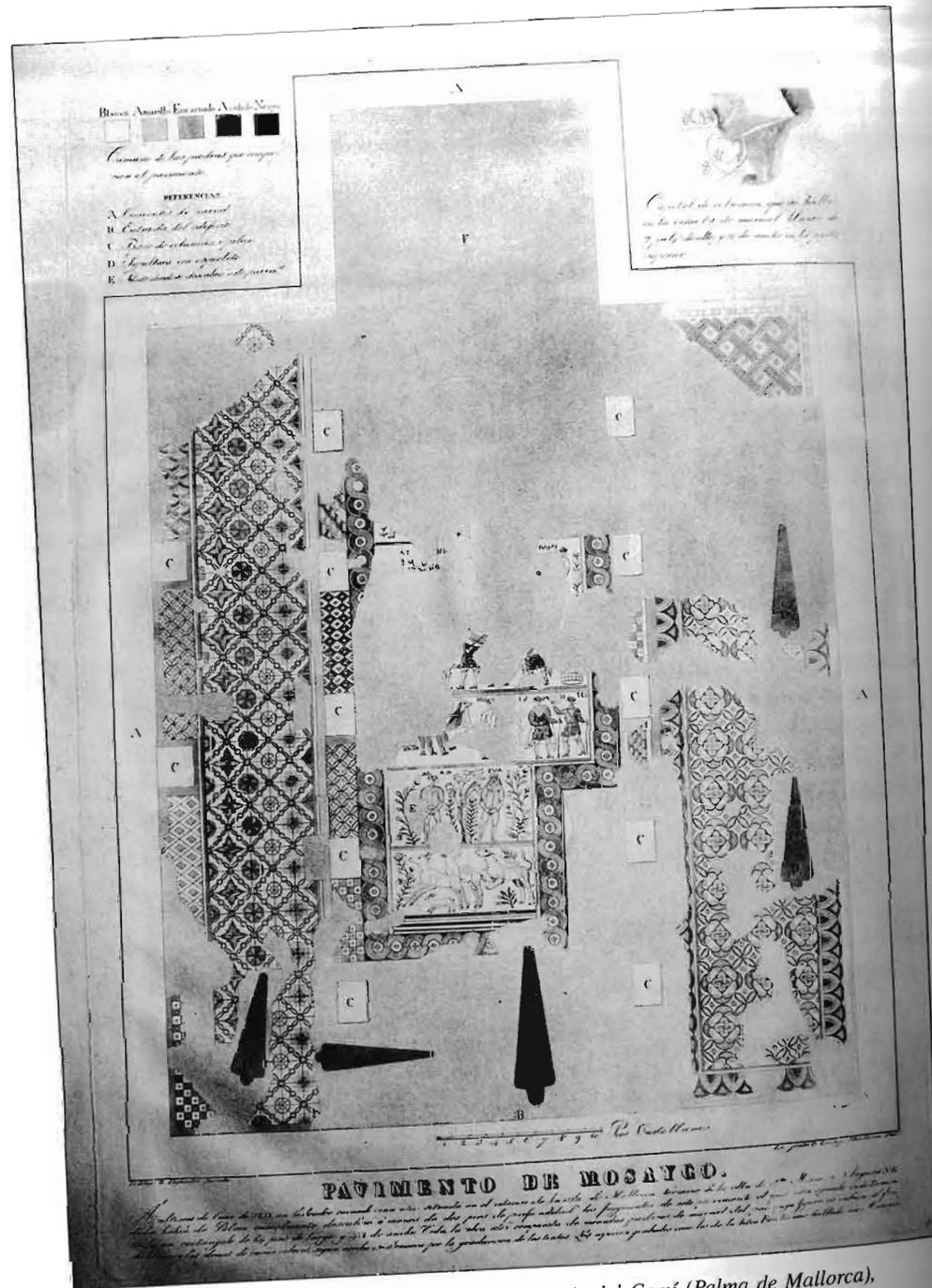


Fig. 2. Grabado de la basílica de Santa María del Camí (Palma de Mallorca), Alejandro Sureda y Lorenzo Muntaner, 1833. Real Academia de la Historia.

Aguado, correspondiente de la Real Academia de la Historia y entonces Alcalde Mayor de Casas de Ves, al ejecutar lo preceptuado en las circulares emitidas por Fernando VII sobre la conservación de monumentos en las que se mandaba observar la Real Cédula de 1803 (Maier, 2003a). En el informe remitido por Aguado a la Academia, al que acompaña un dibujo a tinta y acuarela del sarcófago¹², manifiesta que me maravillé al observar una halaja tan hermosa como humildemente despreciada. Esta pila es un suntuoso sepulcro de mármol blanco de una sola faz, por que se conoce estuvo astriado a la pared; en la caveza y pie se ven en cada extremo un especie de Basilisco, como en guardia de lo que dentro se conserba, en actitud vigilante. Su frente representa de alto relieve una preciosa galeria, con siete tabernáculos que cada cual contiene, figuras de media vara de alto, con vistosas columnas y graciosos capiteles.

La misteriosa significación de las figuras de tan grandioso monumento, temo pues fijar la idea, y así solo me determinaré a decir, interin no pueda adquirir conocimientos mas positivos, que discurro son todos pasajes de la Escritura¹³.

Actitud que denota una sensibilidad distinta. El sarcófago fue trasladado a casa de José Rodríguez Carcelén en Hellín¹⁴ donde permaneció hasta 1864, año en el que ingresó en la Real Academia de la Historia gracias a Aureliano Fernández-Guerra.

Queda con estos ejemplos holgadamente demostrado cómo aún en el primer tercio del siglo XIX no se valoraba el arte paleocristiano y se confundía o se atribuía a los tiempos medios o a labor de judíos, debido fundamentalmente a la visión clasicista, pero cómo en este mismo tiempo el desarrollo de la nueva concepción romántica del arte y del objeto artístico, así como la cada vez mayor concienciación de la recuperación y conservación del patrimonio arqueológico y monumental en toda Europa aparejada a aquella, dicha valoración comenzó, afortunadamente, a variar paulatinamente.

REDESCUBRIMIENTO DEL ARTE CRISTIANO PRIMITIVO EN ITALIA Y FRANCIA

Si en Italia el estudio del arte cristiano primitivo se había mantenido a lo largo del XVIII en obras como las de Marcoantonio Boldetti (1663-1749) y Giovanni Gaetano Bottari (1689-1775)¹⁵, fueron algunos eruditos franceses los que revitalizaron

¹² Real Academia de la Historia, 11/8263/4d.

¹³ Informe de Isidro Benito Aguado, Casas de Ves 1 de marzo de 1835, Real Academia de la Historia, 11/8263/4c. Existe otra versión de este informe, dirigido a la Reina Gobernadora que también se conserva en la Academia, CAAB/9/7944/16(1-2), al que también acompañaba otro dibujo casi idéntico al citado.

¹⁴ Real Academia de la Historia, CAIAB/9/3941/1(1-4).

¹⁵ Sobre los estudios sobre la arqueología paleocristiana en Roma desde el siglo XVI hasta la primera mitad del siglo XIX ofrece Rossi una visión bastante completa y hoy inestimable en su *Roma Sotterranea* (1864: 7-82).

el interés por estos restos¹⁶. Así Jean Baptiste Seroux d'Agincourt (1730-1814) tenía la intención de aplicar la teoría de Winckelmann al estudio del arte cristiano y dejó manuscrita una obra que vio la luz en 1823 titulada *Histoire de l'art par les monuments, depuis sa décadence au IVme siècle jusqu'à son renouvellement au XVIme* (Paris). Desiré Raoul Rochette (1783-1854), sucesor del célebre Aubin Louis Millin, Catedrático de Arqueología, miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras y de la de Bellas Artes, y a pesar de ser uno de los arqueólogos clásicos más importantes de su tiempo, se interesó también por el arte cristiano primitivo en sus *Discours sur l'origine des types qui constituent l'art du Christianisme* (Paris, 1834) y *Tableau des catacombes de Rome* (1837). No obstante es a Jean-Jacques Bourrassé (1813-1872), presidente de la Sociedad Arquelógica de Tours, a quien se considera el pionero de la arqueología cristiana en Francia por su obra *Archéologie chrétienne ou précis de l'histoire des monuments religieux du moyen-âge* (Tours, 1841). Es importante señalar estas iniciativas pues nos ayudarán a comprender mejor la preponderancia franco-italiana en el desarrollo de la arqueología paleocristiana en Europa.

Por estas mismas fechas las catacumbas romanas atrajeron de nuevo la atención de varios eruditos y anticuarios italianos que revitalizaron y reorientaron los trabajos sobre estos monumentos. Entre ellos destaca el P. Giuseppe Marchi (1795-1860). En 1838 fue nombrado conservador del Museo Kircheriano en el Colegio romano. Desde entonces comenzó a interesarse por el arte cristiano antiguo y en 1842 fue nombrado por el Papa Gregorio XVI, Conservatore dei sacri cimiteri di Roma. Los resultados no se hicieron esperar y en 1844 publicó los resultados de sus indagaciones en *Monumenti delle arti cristiane primitive nella metropoli del cristianesimo: Gli Architettura della Roma sotterranea cristiana* (Roma). En 1855 fue nombrado director del Museo de Letrán.

Junto al P. Giuseppe Marchi comenzó a trabajar el que con el tiempo sería uno de los más grandes arqueólogos paleocristianos de la Europa de este tiempo y que más influyó en su desarrollo en el resto de Europa, Giovanni Battista de Rossi (1822-1894).

Desde muy joven Rossi se sintió atraído por el estudio de la arqueología cristiana, ya que al parecer su padre a los once años de edad le regaló la *Roma Sotterranea* de Bosio y en 1841, en una visita guiada por Marchi, del que era discípulo en el Colegio romano, conoció las catacumbas y comenzó a colaborar con el jesuita (Fig. 3). En 1843, tras doctorarse, concibe la idea de reunir todas las inscripciones cristianas de Roma, año en el que fue nombrado *scriptor* de la Biblioteca Vaticana (Baruffa, 1994: 18-32). En 1847 entró en contacto con Bartolomeo Borghesi (1781-1860), inventor y promotor del *Corpus Inscriptionum Latinarum*, al que Rossi fue llamado a colaborar en 1854 junto a Wilhelm Henzen y Theodor Mommsen; años más tarde Rossi formaría parte de la comisión que se encargó de publicar las obras del Conde Borghesi

¹⁶ No es extraño que fueran los franceses quienes promovieran este impulso, pues Francia aún mantenía en este tiempo el liderazgo científico en Europa y especialmente en la Arqueología aunque inmediatamente le fue disputado por Alemania e Inglaterra.



Fig. 3. Giovanni Battista de Rossi (1822-1894), apud. A. Baruffa, 1994.

a expensas de Napoleón III. En 1849 descubre el cementerio papal en la catacumba de San Calixto, descubrimiento que le hará famoso y con el que consiguió llamar la atención de Pío IX quien desde entonces le apoyó incondicionalmente. Rossi completó su formación con varios viajes por distintas regiones de Italia así como por Francia, Suiza, Bélgica, Alemania y Austria, en los que visita museos, colecciones y archivos.

En este primer lustro de la segunda mitad del siglo XIX y ante el evidente empuje de los trabajos de Marchi y Rossi el Papa Pío IX creó la *Commissione di Archeologia Sacra* (desde 1925 se denomina *Pontificia Commissione di Archeologia Sacra*) (Baruffa, 1994: 88-89), para hacerse cargo de todos los monumentos cristianos de Roma, especialmente de las catacumbas, y difundir sus resultados en el *Bullettino di Archeologia Cristiana*, creado y dirigido por Rossi desde 1863, la primera revista científica especializada en arqueología paleocristiana¹⁷.

¹⁷ Estaba presidida por el Cardenal Vicario y formó parte de ella el Commisario delle Antichità hasta 1870 en el que el cargo desaparece como consecuencia de la desaparición de los Estados Pontificios. Rossi fue su Secretario desde 1874 hasta 1894, año de su fallecimiento.

Tras quince años de esforzados trabajos (recordemos que comenzó en 1843) Rossi publicó la obra *Inscriptiones Christianae Urbis Romae septimo saeculo antiquiores* (1857) y en 1864 el primer tomo de su *Roma Sotteranea Cristiana descritta e illustrata*, en la que colaboró su hermano Michele Stefano. Ambas obras fueron financiadas por Pío IX y son muestra del interés que puso en ellas el papa para desarrollar la arqueología y la ciencia cristiana.

Como decíamos, la influencia de Rossi en otros arqueólogos paleocristianos europeos fue evidente y determinante. Entre ellos se contó Aureliano Fernández-Guerra, como veremos, y su obra sobre las catacumbas romanas fue pronto traducida al inglés y al francés (nunca se ha traducido al castellano curiosamente). El modelo de investigación puesto en marcha por Rossi, que dispone de numerosas fuentes, los textos literarios y eclesiásticos tradicionales, los documentos de la Edad Media, itinerarios, catálogo de las reliquias y catálogo de los cementerios, sigue las directrices de la arqueología filológica y monumental alemana cuya influencia en la arqueología romana fue cada vez mayor desde la fundación del *Instituto di Corrispondeza Archeologica*, pero, especialmente, a partir de 1842 año en el que Federico Guillermo IV de Prusia lo acoge bajo su patronazgo y bajo la dirección del arqueólogo romántico Emil Braun (1809-1856) primero y Wilhelm Henzen (1816-1887) después, así como por la presencia de Theodor Mommsen (1817-1903), que imprimen un carácter más positivista a la investigación. En efecto, Rossi mantuvo una estrecha colaboración con Bartolomeo Borghesi desde 1847, con el que se inicia en los nuevos métodos de la epigrafía, así como con W. Henzen y Theodor Mommsen junto a los que colabora en la organización del *Corpus Inscriptionum Latinarum*, como hemos señalado, relaciones que son determinantes para la renovación de la arqueología paleocristiana que alcanza de este modo la categoría de disciplina científica.

El primer anticuario que siguió el modelo de investigación de Rossi fue el francés Edmond-Frederic Le Blant (1818-1897) quien conoció a Rossi en Roma en 1847 (Baruffa, 1994: 36-37). Un año después Le Blant es comisionado por el gobierno de Francia para recoger las inscripciones de los primeros cristianos de la Galia, que publicó en 1856 en *Recueil des inscriptions chrétienne des Gaules antérieures au VIIIe siècle* (obsérvese la similitud del título de la obra con la de Rossi). Otro francés, Joseph Alexandre Martigny (1808-1880), que siguió también la estela de Rossi, e incluso llegó a colaborar directamente con él, publicó en 1865, *Dictionnaire des antiquités chrétiennes: contenant le résumé de tout a qu'il est essentiel de connaître sur les origines chrétiennes jusqu'a moyen âge* (Paris). La obra, que fue extensamente conocida en Europa, no se tradujo al castellano hasta finales de siglo (Martigny, 1894).

Los trabajos de G. B. de Rossi también tuvieron su eco en países protestantes, especialmente en Inglaterra, ya que James Spencer Northcote (1821-1907), sacerdote anglicano convertido al catolicismo, y William Brownlow (1836-1901) tradujeron al inglés la *Roma Sotteranea* de Rossi, en 1869. Esta versión inglesa fue la que utilizó Paul Allard (1841-¿?) para su edición francesa anotada, en 1872.

La recepción de la línea de investigación auspiciada por Rossi tuvo su eco también en Alemania en la persona de Francisco Javier Kraus (1840-1901), quien en 1873 publicó la *Roma Sotteranea*, a partir de la versión de Northcote y Brownlow, pero con aportaciones originales propias y años después una excelente *Real Encyklopedie der christlichen Altertümer* (1882-1886). Por todo ello Giovanni Battista de Rossi se erigió en el principal impulsor de la arqueología paleocristiana en Europa bajo el amparo de Pío IX.

LA ARQUEOLOGÍA CRISTIANA EN ESPAÑA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

Ya hemos visto cómo desde las décadas finales del siglo XVIII y a lo largo del primer tercio del siglo XIX se produjeron una serie de descubrimientos epigráficos y arqueológicos con los que se inicia el estudio de la cultura material de los primeros tiempos del cristianismo. El desarrollo del Romanticismo, especialmente a partir del primer tercio del siglo XIX, y el surgimiento de la llamada arqueología monumental, que pondrá especial atención en el estudio y definición de determinados estilos arquitectónicos, abrieron paso a un nuevo periodo muy fructífero para la arqueología cristiana. En efecto, varios jóvenes eruditos como José Caveda, Manuel de Assas, Pedro de Madrazo y José Amador de los Ríos emprendieron desde los más puros principios románticos el estudio y definición del arte y arquitectura visigodos (llamado latino bizantino) y asturiense desde 1847 aproximadamente, así como del mozárabe un poco más tarde por no referirnos al mudéjar¹⁸. A ellos se sumó otro joven romántico granadino recién asentado en Madrid, Aureliano Fernández-Guerra, que fue el que quiso ocuparse de los más antiguos restos que el arte cristiano había dejado en nuestro suelo.

Aureliano Fernández-Guerra (1816-1894) nació en Granada en el seno de una familia con inquietudes intelectuales, ya que su padre, hombre de refinada cultura y costumbres, fue catedrático de la Universidad de Granada y tenía grandes conocimientos de arte, literatura y antigüedades. Inició sus estudios en Granada y luego en Madrid en el colegio de Garriga, donde coincidió con algunos de los representantes más importantes del romanticismo español (Miranda, 2005: 35). De nuevo en Granada, uno de los principales focos del romanticismo andaluz y español, y tras cursar estudios en el Sacromonte, se integró activamente en el ambiente intelectual y tomó contacto con las nuevas teorías románticas de la que serán fruto tres dramas

¹⁸ Jovellanos había extendido la duda de que hubiesen quedado restos de monumentos visigodos. Aunque dos de sus discípulos, Ceán Bermúdez y Juan Miguel Inclán Valdés, aportaron los primeros datos que erradicaron la suposición de su maestro, las primeras aproximaciones a su valoración y definición fueron las obras de José Caveda *Ensayo histórico sobre los diversos géneros de arquitectura empleados en España* (Madrid, 1848) y de Manuel de Assas *Album Artístico de Toledo* (Madrid, 1848). Estela que continuaron Pedro de Madrazo en el tomo dedicado a Córdoba de *Recuerdos y Bellezas de España* (1856) y José Amador de los Ríos en *El arte latino-bizantino en España y las coronas visigodas de Guarrazar: estudio crítico* (1861).

históricos y no menos producciones poéticas publicadas en varias revistas granadinas (Miranda, 2005: 41-45). Desde muy joven se sintió atraído por las antigüedades y a los 17 años llevó a cabo el estudio de cierto mausoleo romano descubierto en 1833 en el cortijo de las Vírgenes cerca de Baena, entre las ruinas de la antigua *Ituci*. La Literatura y las Antigüedades fueron dos constantes en la vida e investigaciones de Fernández-Guerra, como de otros muchos anticuarios románticos de su tiempo (Fig. 4). En enero de 1844 se trasladó a Madrid donde ya residirá toda su vida para comenzar a trabajar en el Ministerio de Gracia y Justicia. Aquí se integró rápidamente en el ambiente cultural, tanto por sus viejas amistades escolares (Ventura de la Vega, Mariano Roca de Togores, Patricio de la Escosura y otros), como por las que conoció a través de su hermano Luis, que residía en Madrid desde 1840. El caso es que en poco tiempo Fernández-Guerra destacó por sus estudios e investigaciones literarias y anticuarias e ingresó en la Real Academia de la Historia, por sus conocimientos en epigrafía y geografía antigua en 1856, y en la Real Academia Española al año siguiente. Nada más ingresar en la Real Academia la Historia se encargó del premio convocado para determinar la localización de Munda (1857) y a renglón seguido de los *Premios por descubrimientos de Antigüedades* (1858), que convocó la corporación para incentivar las investigaciones arqueológicas (Maier, 2003b: 42-44).

Como hemos señalado, Fernández-Guerra se ganaba la vida en el Ministerio de Gracia y Justicia. Pero con la revolución de 1854 conocida como "La Vicalvarda", con la que se abre el Bienio Progresista, fue, como era usual en este tiempo, cesado de su puesto laboral. Tras la cesantía, reingresó en el Ministerio de Gracia y Justicia, pero a los pocos meses es reclamado por el Ministro de Fomento y el 29 de octubre de 1856 fue nombrado Oficial segundo. Aquí colaboró estrechamente con el titular de la cartera Claudio Moyano, quien le nombra Secretario del Consejo de Instrucción Pública y vocal de la Junta que revisó el texto de la famosa Ley de Instrucción Pública de 1857. En el Ministerio de Fomento desarrollará Aureliano toda su carrera en la administración pública hasta que en 1868 fue nombrado Catedrático de Literatura extranjera de la Universidad de Madrid. Aunque no tiene una militancia activa Aureliano se encuentra muy cercano al grupo neocatólico liderado por su íntimo amigo Cándido Nocedal. Éste es un hecho que no ha de pasarnos desapercibido ya que es importante para comprender la inclinación de Aureliano hacia el estudio de la arqueología paleocristiana, que a su vez utilizó como vía de expresión en el apoyo a los ideales políticos que los partidos católicos representaban. Por eso, en el interés de Aureliano por el arte cristiano primitivo convergen tanto motivos científicos como políticos, como también ocurría con otros muchos arqueólogos cristianos europeos.

En cualquier caso, no sabemos con certeza cuándo comenzó el interés de Fernández-Guerra por los vestigios del arte cristiano primitivo en España. Es improbable que fuera en su etapa granadina. Y más probable que fuera en Madrid al entrar en contacto con el círculo romántico schlegeliano de los Caveda, Madrazo y Amador de los Ríos, que además acababan de ser nombrados miembros de la Comisión para la publicación de los *Monumentos Arquitectónicos de España*, bajo el patrocinio

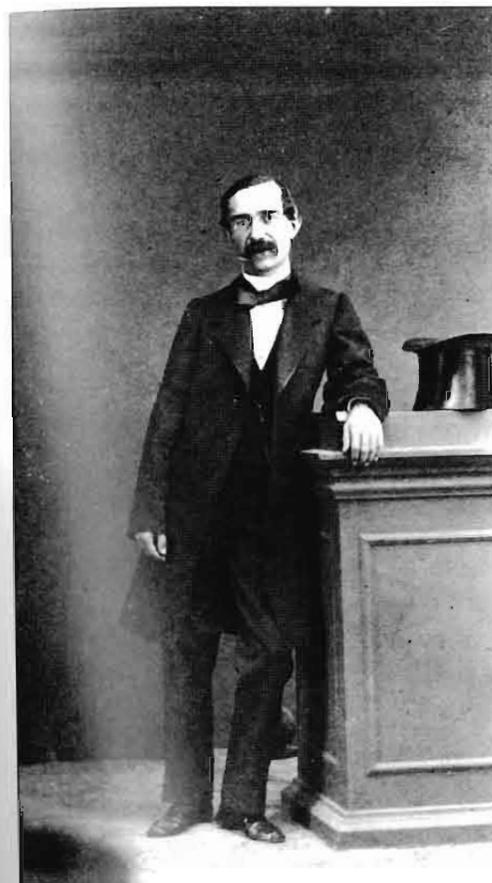


Fig. 4. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe (1816-1894), Jean Laurent. Archivo familiar Fernández-Guerra.

del Ministerio de Fomento, en el que precisamente trabajaba Fernández-Guerra. El desarrollo de las disciplinas arqueológicas no era ajeno al joven anticuario y los descubrimientos de Rossi en Roma fueron conocidos y divulgados por toda Europa, eco que se propagó, sin duda, a través de los medios católicos con los que estaba familiarizado y más a partir del Concordato. En cualquier caso, contamos con la siempre fiable afirmación del autor que nos dice que fue en 1858 cuándo reparó (*arreató mi vista* es su expresión) en un sarcófago que se conservaba en el Convento de Santo Domingo el Real de Toledo procedente de Layos y que estudió en el primer trabajo que publicó sobre el tema (Fernández-Guerra, 1862: 169). El estilo del artículo, la crítica desarrollada y los conceptos expuestos nos revelan claramente que Aureliano ya se encontraba adoctrinado en la nueva ciencia de la arqueología cristiana, y que no le eran desconocidos los trabajos de Rossi ni la obra de Louis Perret (1851)¹⁹

¹⁹ Louis Perret, *Catacombes de Rome. Architecture, Peintures Murales, Lampes, vases, pierres précieuses gravées, instruments, objets divers, fragments de vases en verre dore, inscriptions, figures, et symboles grèves sur pierre*, Paris, 1851.

que cita. El artículo, redactado en 1859²⁰, fue publicado en la revista que dirigía Gregorio Cruzada Villamil, *El Arte en España*, en 1862. Este mismo año la Real Academia de la Historia, por mediación de Fernández-Guerra, adquiriría un segundo sarcófago procedente de Layos y, en 1864, recuperaría el ejemplar procedente de Hellín²¹, de cuya existencia tenía conocimiento la Academia desde 1834 por el informe y dibujos remitidos por Isidro Benito Aguado y Marchamalo, como ya hemos señalado más arriba (Fig. 5).

Dos años antes de la aparición del artículo del sarcófago de Layos ocurrió otro hecho trascendental para los estudios de arqueología cristiana de Fernández-Guerra. Emil Hübner llega a España en 1860. La sintonía con el arqueólogo alemán es total y Fernández-Guerra le presta toda su ayuda y conocimientos epigráficos, además de ayudarlo en la reconstrucción de los límites de los conventos jurídicos y de las provincias y en la localización de los pueblos en sus trabajos para el *Corpus Inscriptionum Latinarum* (Stylow y Gimeno, 2004: 334). Hübner lo reconoce como uno de los mejores epigrafistas españoles y en 1861 es nombrado miembro numerario del *Instituto di Corrispondenza Archeologica* y en 1863 es nombrado Director Honorario. De este modo Fernández-Guerra entra en contacto directo con la escuela alemana cuyos métodos asumirá en sus investigaciones a partir de entonces. Por otra parte, hay que señalar que Hübner había publicado breves noticias sobre algunos sarcófagos en *Antiken Bildwerke in Madrid*.

Es entonces cuando Aureliano Fernández-Guerra concibió la posibilidad de reunir todas las inscripciones y monumentos cristianos primitivos, como lo habían hecho Rossi en Italia y Le Blant en Francia y con el mismo criterio científico. Así lo manifestaba el propio Guerra: *Pero hasta ahora no tengo noticia de que ninguno trate de seguir, por otro y no menos honroso camino, las nunca bastantemente alabadas tareas de Hübner, coleccionando las INSCRIPCIONES CRISTIANAS Y ANTIGUOS MONUMENTOS DEL ARTE CRISTIANO ESPAÑOL, sin perder de vista el ejemplo y la guía que el clarísimo Juan Bautista de Rossi nos acaba de ofrecer en Italia con su obra admirable de Inscriptiones christianae urbis Romae septimo saeculo antiquiores. Quien a tanto aspire tendrá forzosamente que combinar los métodos gemelos del infatigable erudito alemán y del sabio romano: varones ambos sobrios y claros en la ilustración, imparciales en los juicios, severos en la crítica, cuidadosos de historiar cada objeto y sus vicisitudes, diligentes en reunir y comparar infinitos y oportunos datos, y sobre todo en enriquecer sus colecciones con multitud de índices que facilitan su manejo y estudio, satisfacen prontamente al deseo y abren al alma nuevos y extendidos horizontes* (1866a: 50-51). Tras intentar su publicación en Lyon (Francia) con el editor Nicolás Scheuring, la Real Academia de la Historia le ofreció publicarlo, pero la estrechez de fondos no lo permitió por lo que da a conocer su plan de la obra en la revista *El Arte en España*, la cual acogió

²⁰ Así lo señala Manuel Cueto y Rivero (1881: X).

²¹ GA 1864/2(1-4).



Fig. 5. Traslado del sarcófago de Hellín a la Real Academia de la Historia, Anónimo, 1864. Real Academia de la Historia.

el proyecto²². Allí vieron la luz los dos únicos artículos titulados "Inscripciones Cristianas y antiguos monumentos de Arte Cristiano Español", ambos de 1866, que no tuvieron continuidad por el cese de la publicación en 1869.

Es interesante describir el plan de la obra, muy en la línea del modelo italo-germano:

En el Prefacio expongo las fuentes críticas y el caudal de datos y noticias que poseemos en impresos y manuscritos.

En el Discurso preliminar abarco de una ojeada toda la materia, y justifico la necesidad de formar por ahora un solo cuerpo con los objetos del arte cristiano y sus inscripciones, en fuerza de lo mucho que mutuamente se ayudan para su clasificación por épocas unos y otros elementos. No hallo otra manera de conseguirlo, faltando en nuestros epígrafes los seguros jalones de las fechas consulares, y no habiendo nacido la costumbre de datar por eras hasta el último tercio del siglo V. Pero el resultado apetecido se obtiene con atender al estilo de las inscripciones, a la forma de la letra, al gusto de los sarcófagos, y comparando todo aquello en que los diversos períodos de la civilización y cultura han puesto la marca de su propia y peculiar fisonomía.

He dividido en cuatro grupos estos monumentos, a saber:

Los erigidos desde el primero al cuarto siglo, o sea la edad anterior a Constantino.

Los del siglo de Constantino.

Los de la dominación visigoda.

Y los del tiempo de la reconquista; separando los de muzárabes, y los de cristianos independientes.

Al Catálogo de todos ellos precede su índice general; y van al fin del libro tablas de fechas y de noticias históricas, y un copioso vocabulario.

²² Véase Apéndice Documental, carta n° 4.

Pese a tan meditado plan y material recopilado²³, el proyecto no pudo ser culminado y, aunque el título de los artículos nos incline a pensar lo contrario, Fernández-Guerra no llegó a publicar en ambos ni una sola inscripción cristiana y ni un solo sarcófago, aunque de estos últimos sí se incluyeron algunas ilustraciones, quizá para justificar el título con el contenido. No obstante, tan serio contratiempo fue subsanado inmediatamente.

En ese mismo año de 1866 Aureliano publicó un artículo, que le distinguió en el orbe académico, titulado "Tres sarcófagos cristianos de los siglos III, IV y V" en la monumental publicación *Monumentos Arquitectónicos de España*, promovida por el Ministerio de Fomento, en donde precisamente trabajaba Aureliano. En la comisión que se creó en 1856 para coordinar y redactar los textos figuraban Pedro Madrazo, José Amador de los Ríos y Manuel de Assas, los dos primeros compañeros de Fernández-Guerra en la Academia de la Historia (Blas, 1997: 53-55). Nos referimos a estos detalles pues no deja de ser curioso que en una obra dedicada a la arquitectura se publicara un trabajo sobre sarcófagos. En cualquier caso, es en este trabajo en el que Aureliano estudia no sólo los tres ejemplares que anuncia el título, los dos de Layos y el de Hellín (Fig. 6), sino que recoge, además de la inscripción funeraria de *Fabatus* procedente de Niebla, otros ejemplares entre los que figuran uno de Valencia, otro de Mérida, dos de la iglesia de Santa Engracia en Zaragoza, en el que interpreta una de las escenas que en uno de ellos se representan como la ascensión de la Virgen y, finalmente, otro que se conservaba en la catedral de Astorga que poco después pasó al Museo Arqueológico Nacional.

Una segunda versión de este artículo fue publicada en el *Bulletin Monumental*, que dirigía el presidente de la *Société Française d'Archeologie*, de la que era miembro Fernández-Guerra, Arcisse de Caumont (1801-1873), en 1867, año en el que es nombrado Anticuario de la Real Academia de la Historia por renuncia de su gran amigo y antecesor en el cargo Antonio Delgado. Aunque el título es idéntico no el contenido, ya que Guerra eliminó algunos párrafos que figuraban en la versión española. Uno de los párrafos eliminados fue el dedicado a la inscripción de *Fabatus* que existía en Niebla, empotrada en un muro de la Iglesia de San Martín, y que Guerra consideraba la más antigua inscripción cristiana que se conocía en España ya que venía a confirmar, según él, una afirmación de Tertuliano sobre el temprano desarrollo del cristianismo en Hispania. No tenemos datos para argumentar el porqué de la supresión de dicho texto (¿se lo aconsejaría Hübner?) que fue precisamente una de las razones por las que se puso en contacto con él Giovanni Battista de Rossi, como veremos inmediatamente.

Aureliano Fernández-Guerra estaba de lleno centrado en el estudio de los restos arqueológicos de los primitivos cristianos españoles y era uno de los principales anticuarios, sino el único, que se mostraba atento en España por la evolución y desarrollo que iban adquiriendo estos estudios en Europa. Así, dio a conocer la

²³ En la Real Academia de la Historia se conservan las fichas de los sarcófagos paleocristianos que había reunido Fernández-Guerra 9/7363.



Fig. 6. Litografía de los sarcófagos de Layos (Toledo) y el de Hellín (Albacete) publicados en *Monumentos Arquitectónicos de España*, Madrid, 1866.

obra que preparaba el P. Raffaele Garruchi, *Storia dell'Arte Cristiana* en la revista *La Constancia*, fundada por su amigo Cándido Nocedal en 1868, cuatro años antes de que apareciera el primer volumen. La obra de Garruchi fue sin duda una de las más importantes de este tiempo, un verdadero punto de referencia en el estudio de la arqueología paleocristiana, como proclamaba Fernández-Guerra en su artículo aún antes de que viera la luz²⁴. Del mismo modo que se conocían, y muy bien, la obra y los trabajos de G. B. de Rossi en la Real Academia de la Historia, la cual le nombró Académico Honorario el 18 de enero de 1868. La propuesta fue firmada por Pascual de Gayangos, José Amador de los Ríos, Vicente de la Fuente, Aureliano Fernández-Guerra y Eduardo Saavedra²⁵.

El 23 de mayo de 1869 Rossi le remite a Aureliano una carta²⁶ interesándose por sus trabajos aunque no obstante conocía el publicado en *Monumentos Arquitectónicos* y en el *Bulletin Monumental*, pero deseaba obtener los publicados en *El Arte en España*. Movían a Rossi dos cuestiones, la inscripción de *Fabatus* y el sarcófago de Zaragoza, en el que según Fernández-Guerra se representaba la Ascensión de la Virgen, del que le solicita la remisión de un croquis. En esta carta Rossi ya declaró que la inscripción de *Fabatus* le parecía falsa²⁷. Ambos temas dieron lugar a que ambos arqueólogos se cruzaran varias cartas, en términos muy respetuosos pero enérgicos, en la defensa de sus opiniones, con las que se inicia una verdadera amistad que se prolongó durante el resto de sus vidas.

Fernández-Guerra respondió a la carta de Rossi el 23 de junio de 1869²⁸ facilitándole lo requerido, por lo que le remitió un dibujo del sarcófago de Santa Engracia realizado por el pintor Víctor Manzano calcado de otro de Bernardino Montañés (Fig. 7), que le suministró su compañero de academia y continuador de la *España Sagrada*, Vicente de la Fuente²⁹. También le remitió un calco de la inscripción de *Fabatus* que le había proporcionado Antonio Delgado. Defiende la autenticidad de la inscripción y no duda de que es cristiana, pues el texto expresa ideas recogidas en fuentes cristianas tales como las cartas de San Pablo (Timoteo y Corintios, Eclesiastés, Hechos de los Apóstoles y Evangelio de San Juan), para concluir que debe de aceptarse la duplicación de inscripciones en España y en Italia. No se hizo esperar la contrarreplica de Rossi que se produjo el 23 de noviembre de 1869³⁰. Sostiene la falsificación y además que la inscripción no es cristiana, pues en tiempos paganos ya existía el concepto de inmortalidad del alma. Respecto del sarcófago

²⁴ El P. Raffaele Garruchi S. J. (1812-1885) visitó España en 1866. Poco después fue nombrado académico correspondiente de la Real Academia de la Historia en Roma a propuesta de Pascual Gayangos, José Amador de los Ríos, Vicente de la Fuente y Eduardo Saavedra el 17 de enero de 1868. *Archivo de Secretaría de la Real Academia de la Historia, Expedientes personales.*

²⁵ *Archivo de Secretaría de la Real Academia de la Historia, Expedientes personales.*

²⁶ Véase Apéndice documental carta n° 2.

²⁷ Sobre dicha inscripción trata ampliamente y con mayor profundidad y conocimiento en este mismo volumen Helena Gimeno a cuyo artículo remitimos.

²⁸ Véase Apéndice documental carta n° 4.

²⁹ Véase Apéndice documental carta n° 1.

³⁰ Véase Apéndice documental carta n° 5.

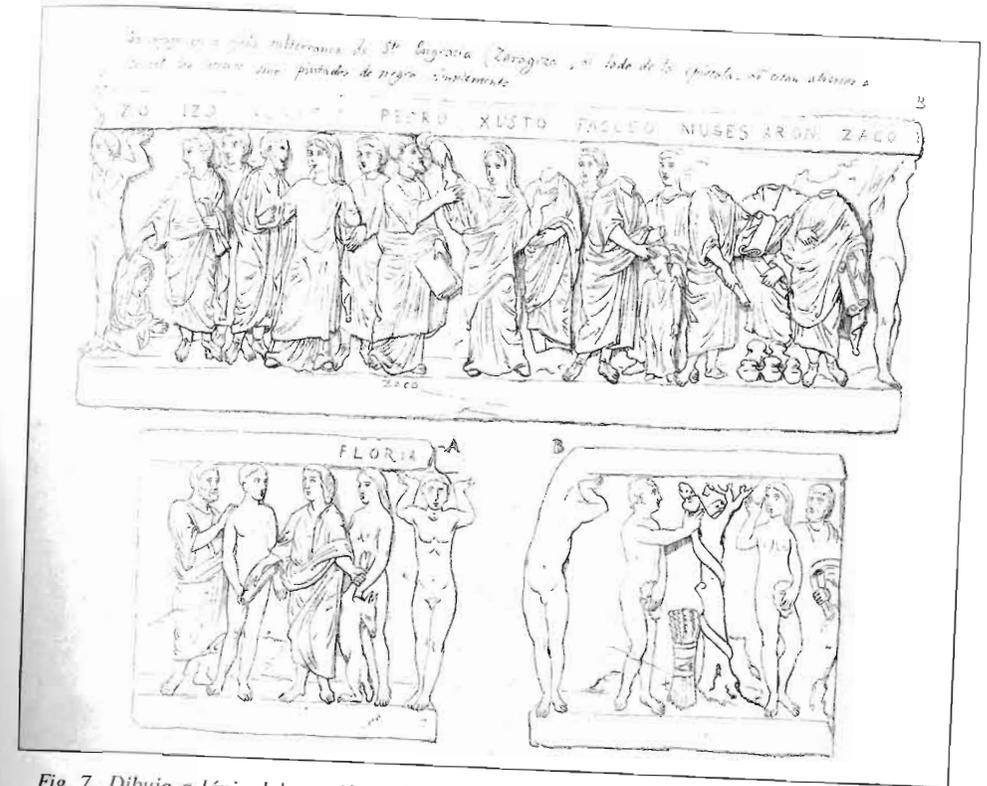


Fig. 7. Dibujo a lápiz del sarcófago de Santa Engracia (Zaragoza), Bernardino Montañés, 1869. Real Academia de la Historia.

de Santa Engracia no acepta la interpretación de que se trate de la ascensión de la Virgen, aunque, por el contrario, acepta como buenas las inscripciones, por lo que cree que la orante no es la Virgen sino una tal Floria, a quien pertenecería el sarcófago. Aureliano le comunicó a Antonio Delgado las opiniones de Rossi sobre la inscripción de *Fabatus* a principios de marzo de 1870³¹. Delgado se apresura a contestarle sorprendido de las aseveraciones de Rossi y reafirma la autenticidad de la inscripción. Es más, llegó a enviar a su hijo a Niebla para que examinase la iglesia de San Martín y, concluye, que el muro en que está empotrada la inscripción es del siglo IX con lo cual no era admisible la falsificación en el siglo XV o XVI como proponía Rossi. Así se lo trasladó Fernández-Guerra a Rossi en una última carta fechada en Madrid el 26 de julio de 1870³², con la que le adjunta además una monografía sobre el sarcófago de Santa Engracia que acababa de publicar con el título *Monumento zaragozano del año 312 que representa la Asunción de la Virgen Ciudad de Dios* (1870b). En este trabajo, como en un avance del mismo publicado en la revista *La*

³¹ Véase Apéndice documental carta n° 6.

³² Véase Apéndice documental carta n° 7.